

Verdaderas Hijas de la Libertad

Iago Ruiz Sant

Verdaderas Hijas
De La
Libertad



Iago Ruiz Sant

Capítulo 1

Capítulo 1

Era un día común en el frente, aquel Agosto de 1936, donde el entusiasmo gobernaba los corazones de jóvenes que iban a la guerra a matar a sus hermanos, españoles de otros colores. Cerca del frente de Ávila, una joven, Carmela, o Carmelita, como la llamaban por su baja estatura, empezaba a cantar su canción, con la que cautivaba el orgullo de jóvenes y mayores, que luchando por una causa fueron los primeros, y quizá los más importantes.

En esos momentos donde el verano no fue el mismo que hace años o incluso meses atrás, nadie lloraba por la amargura y la derrota de una causa perdida. Nadie podía adivinar que los que huían al otro bando serían los afortunados.

Esos momentos donde la Justicia pasó a ser ciega no por justa, si no por encontrarse en la impotencia de la guerra. Porque en la guerra no hay crimen, en la guerra no hay nada que perder. En la guerra no hay pecado que perdonar, siempre que uno salga victorioso.

Nadie podría adivinar que la Justicia podría tardar tanto en venir, tanto como 43 años, al menos.

Cada vez que el Sol empezaba a ponerse, que Carmela miraba al frente, y el viento soplabá, los soldados, hombres como mujeres se reunían. Y Carmela cantaba su canción rodeada por ellos.

Ay, mi canción, que el viento te lleve a mi aldea natal

Que mi madre, que espera a ser liberada, no se canse de cargar

las esperanzas de libertad

La voz de Carmela, por más angelical que fuese, a menudo se veía diezmada por los gritos y señales de las batallas.

Ya para Noviembre, la letra de la canción también se vio modificada.

Ay, mi canción, que el viento te lleve hacia la oreja del tirano

Que, con tus cálidos susurros, tengas la fuerza para derribarlo

Con la fuerza de la libertad.

La guerra tiene el poder de cambiar canciones preciosas, espontáneas e ideales en gritos de odio, no solo de dolor.

Nadie sabía de donde venía Carmela, siempre lo mantuvo en secreto. Su documentación fué robada varias veces por sus camaradas, pero cada vez que la robaban decía un lugar diferente. Las autoridades tampoco sabían bien, pero cualquier ayuda, indocumentada o no, era bienvenida.

La República, la vida, el enemigo, la muerte. Consigna de guerra fácil, consigna verdadera.

Nadie sabía exactamente la edad de Carmela, rondaba los 20 o 30, pero nadie sabía su edad.

Lo que sí sabemos es que un día recibió una carta. La escena se describe perfectamente con una canción de miles de kilómetros al este.

En el camino hacia un pueblo, mientras su pantalón se rasga por la mala hierba

Una mujer corre bailando hacia su casa

Tirando el cesto con lo que había recolectado, pero dejándose el fusil corría felizmente, pero nadie sabía porqué.

Incluso al tropezarse en un pasaje de agua,

No se sentía avergonzada, y corría a su casa.

Nadie sabía que había recibido una carta desde el otro frente, de su amante convertido en héroe.

Nadie cantó esa canción, porque se inventaría años después. Sí podemos justificar su uso argumentando que, en la poca evidencia histórica que tenemos de ella, esa fué la razón por la que corría alegremente saltando, en las pocas horas de paz por día que habían en el frente.

Para Mayo dejó de recibir cartas, pero eso a Carmela no le dolía. Le dolía retroceder, dejar los pueblos en donde se había hospedado, donde había encontrado un hogar. Carmela cantaba menos, su espíritu se apagaba con el pasar de los días. A alguien como Carmela no le duele la guerra, le duele el poder que ésta tiene de cambiar el destino de alguien. En ese momento era el destino de la República, no el de sí misma, mucho menos el de su madre. Carmela, aunque cantaba sobre la liberación de su madre,

nunca confirmó ni negó si era verdad lo que decía.

Perdimos el rastro de personas como Carmela. Pasaron 2 años desde la primera vez que cantó su canción. Para cuando la volvió a cantar, la cantó feliz, en diciembre de 1937, gracias a la victoria inicial en Teruel. Esa vez, cantó la primera estrofa, la que todos querían y queríamos escuchar hoy en día.

El paso de Carmela por el frente no es muy exacto. Solo sabemos el comienzo... y el final.

A Carmela le perdimos el rastro en mayo de 1939, en la zona "nacional", cerca de Badajoz. En 1938, un año antes, se había asentado en el frente del Tajo. Su canción cambió, probablemente debido al río, que reemplazaría al viento.

Carmelita dejó de cantar, el río se teñía de sangre.

Cerca de la fecha en que se ausenta la evidencia histórica del paradero de Carmela, una canción llega a los oídos de los habitantes de un pueblo llamado Castuera.

Ay, mi canción, que el viento te lleve a sus oídos,

Que él, cuando mi alma vaya al cielo, la capture y lo lleve

hacia la libertad.

Y que cuando ella decida volver a España

que a mi alma la haga regresar

a los brazos de mi madre,

que se cansó de esperar.

Muchas personas aún buscan la voz de Carmela resonando en el viento de Agosto, para buscar y encontrar su aldea natal.

Hasta ahora, ninguno de ellos la ha encontrado. Quizá porque aún no ha vuelto, porque simplemente no la encontraron, o porque nunca se fué.

Otros usaron la voz de Carmela para pedir lo que creían justo. Queda en usted averiguar si les ocurrió lo mismo.